

la gente que en tropel acudía para comprar á bajo precio carne decomisada á los carniceros los días de guardar. Mostróle también los cazadores de noticias, tratando entre sí de los destinos de los reinos, removiendo á su antojo las fronteras, dividiendo los imperios y repitiendo de pe á pa las conversaciones que los ministros habían tenido en consejo privado. Allí se vendían las gacetas, los libelos, escritos satíricos y otros libros por vendedores ambulantes. Toda aquella muchedumbre quimérica tenía el aspecto desmirriado, el aire sandio y destrozado el traje.

—No nos detengamos,—dijo Herodes, al oír aquellas necedades,—no acabaríamos nunca; á ménos que sintais curiosidad de informaros del último edicto del sofí de Persia ó del ceremonial usado en la corte del Preste Juan de las Indias. Avancemos algunos pasos y gozaremos de uno de los más sorprendentes espectáculos del universo y tal como no se vé en el teatro en ninguna función de magia.

En efecto, el panorama que se desarrolló á los ojos de Sigognac y de su guía, cuando hubieron cruzado los arcos tendidos sobre el pequeño caudal de aguas, no tenía entonces ni ahora tiene rival en el mundo. El primer término lo formaba el mismo puente con las graciosas medias lunas practicadas encima de cada pila.

El Puente Nuevo, no estaba, como el de la Contratacion y el de San Miguel, sobrecargado por dos filas de elevadas casas. El gran monarca que lo había mandado levantar no quiso que miserables y toscas construcciones obstruyesen la vista del suntuoso palacio donde residían nuestros reyes, y que desde este punto se descubre en toda su magnificencia.

Sobre el terraplen que forma la punta de la isla, con el aire tranquilo de un Marco Aurelio, el buen rey cabalgaba su corcel de bronce en lo alto de un pedestal en cada uno de cuyos ángulos se veía un cautivo de metal retorciéndose á la opresion de sus ligaduras. Una verja de hierro forjado adornada de ricas volutas rodeaba la estatua para preservar su

base de las familiaridades é irreverencias de la plebe, á pesar de lo cual los pilletes á menudo saltaban la verja y aun se atrevían á montar en la grupa del benigno monarca, sobretudo los días de entrada real ó de ejecucion. El color severo del bronce resaltaba vigorosamente sobre el fondo de luz y el de las colinas lejanas que se apercibían más allá del puente Rojo.

Del lado izquierdo de la orilla, por encima de las casas, partía hácia las nubes la flecha de San German de los Prados, la antigua iglesia romana, y mostrábanse los altos tejados del palacio de Nevers, inmenso edificio nunca concluido. Algo más léjos, la torre, vetusto resto del palacio de Nesle, bañaba su pié en el rio, en medio de un monton de escombros, y aunque tiempo hacia estaba en estado ruinoso, alzaba aun su altiva frente. Más allá se extendía la *Grenouillère*, y más léjos todavía, envuelto en las nieblas del horizonte, las tres cruces plantadas en lo alto del Calvario ó monte Valeriano.

El Louvre ocupaba espléndidamente la orilla derecha iluminada y dorada por un alegre rayo de sol, más luminoso que cálido, como puede serlo el sol de invierno, pero que daba singular relieve á los detalles de aquella arquitectura á la vez noble y rica. La larga galería que une aquel palacio á las Tullerías, disposicion maravillosa que permitía al rey hallarse alternativamente, como mejor le agradaba, en su buena ciudad ó en el campo, desplegaba sus incomparables bellezas, finas esculturas, historiadas cornisas, almohadillados vermiculados, columnas y pilastras que compiten con las construcciones de los más hábiles arquitectos griegos y romanos.

A partir de la esquina donde se abre el balcon de Carlos IX, el edificio retrocedía, haciendo sitio á jardines y á construcciones parásitas, verdaderas setas colocadas al pié del antiguo palacio. A lo largo del muelle se veían algunos puentes de un solo ojo, y un poco más abajo de la de Nesle se alzaba otra torre, resto del antiguo Louvre de Carlos V. Aquellas

dos torres, acopladas al estilo gótico, y colocadas diagonalmente una enfrente de otra, contribuían no poco al atractivo del panorama. Sus empinadas y rugosas frentes levantadas, entre los edificios nuevos y de buen gusto, como en medio de muebles modernos chapeados de oro y plata un antiguo púlpito ó un viejo aparador de roble delicadamente labrado, recordaban los tiempos del feudalismo; reliquias de siglos desaparecidos que dan á las ciudades una fisonomía venerable y que á toda costa deberian conservarse.

Al extremo del jardín de las Tullerías, que lo era también de la ciudad, veíase la puerta de la Conferencia, y orillando el río, más allá del jardín, el Paseo de la Reina, sitio favorito de los cortesanos y personas encopetadas que iban allí á hacer ostentación de sus carrozas.

Las dos orillas, de las que acabamos de trazar un rápido bosquejo, formaban, por así decir, como dos bastidores, el marco del cuadro por demás animado que ofrecía el río, surcado por multitud de barquichuelas que iban de una á otra margen, obstruido de embarcaciones amarradas y agrupadas cerca de las cuestas, estas cargados de heno, aquellas de madera ú otras mercancías. Cerca del muelle, al pié del Louvre, los galeotes reales llamaban la atención por sus esculpidos y dorados adornos y sus pabellones con los colores de Francia.

Dirigiendo la vista hácia el puente, percibíase por encima de los agudos tejados de las casas parecidos á naipes apoyados uno contra otro, los campanarios de San German l'Auxerrois.

Después que se hubieron saciado de contemplar este punto, Herodes condujo á Sigognac delante de la Samaritana.

—Aunque este sea el punto de cita de los bobalicones que permanecen aquí largo espacio de tiempo esperando que el campanero de metal golpee la hora sobre el timbre del reloj, es preciso ir y hacer como los demás. Un poco de bobería no es ridícula en un viajero recién llegado, y sería indicio más

de torpeza que de juicio el hacer alarde de desprecio hácia una cosa que hace las delicias del populacho.

Con estas razones se excusaba el Tirano mientras él y su compañero estaban de plantón al pié de la fachada del pequeño edificio hidráulico, y miraban, aguardando también que la aguja pusiese en movimiento el alegre juego de campanas, el Jesús de plomo dorado hablando con la Samaritana acodada en el brocal del pozo, el cuadrante astronómico con su zodiaco y su bola de ébano marcando el curso del sol y de la luna, el mascarón que vomitaba el agua subida del río, el Hércules de repisa sobre cuyos hombros descansaba todo aquel sistema de decoración, y la estatua hueca que servía de veleta como la Fortuna en la Dogana de Venecia y la Giralda en Sevilla.

La aguja señaló por fin la cifra X, y las campanas empezaron á sonar del modo más regocijador del mundo, con sus vocecitas agudas, argentinas ó bronceíneas, cantando un aire de zarabanda; el campanero levantó su brazo de cobre, y el martillo cayó tantas veces sobre el timbre cuantas eran las horas señaladas en el cuadrante. Aquel mecanismo, ingeniosamente elaborado por el flamenco Lintlaer, agradó mucho á Sigognac, quien, aunque inteligente por naturaleza, era por demás nuevo en muchas cosas, á causa de no haberse movido nunca de su castillo.

—Ahora,—dijo Herodes,—volvámonos del otro lado, cuya vista no tiene punto de comparación con esta. Las casas del puente de la Contratación la limitan á la última estrechez. Los edificios del muelle de la Tenería nada valen; sin embargo la torre de S. Jaime, el campanario de S. Mederico y aquellas flechas de lejanas iglesias, pregonan en alta voz lo grandioso de la ciudad. Y en la isla del Palacio, en el muelle de la parte ancha del río, ved esas casas de correctas líneas y de encarnados ladrillos ligados por cadenas de blanca piedra, ofreciendo el conjunto de ellas un aspecto monumental al que contribuye la antigua torre del Reloj coronada de

su tejado en forma de apaga luces, y cuya punta á menudo rasga las nubes. Dirigid la mirada á la plaza Delfina, una de las más regulares y mejor dispuestas, frente de la cual se levanta el rey de bronce y desde la que se descubre la puerta del palacio. Ved allá la flecha de la Santa Capilla, iglesia de dos altos, célebre por su tesoro y sus reliquias, que domina graciosamente los empinados tejados de pizarra cubiertos de bohardillas cuajadas de adornos y que lucen con flamante brillo, pues son de construccion muy moderna, y en cuyos solares he jugado en mi infancia al tres y raya. Gracias á la munificencia de nuestros reyes, Paris se embellece de día en día con gran admiracion de los extranjeros, quienes, de regreso en su patria, cuentan maravillas de ella, pues á cada viaje la encuentran mejorada, engrandecida y casi nueva.

—Lo que me admira,—respondió Sigognac,—aun más que la extension, riqueza y suntuosidad de los edificios así públicos como privados, es el prodigioso número de gente que pulula y bulle por esas calles, plazas y puentes como hormigas á las que acaban de volcar el hormiguero, y que corren desatinadas de acá para allá, sin rumbo al parecer determinado. Pasma imaginar que cada uno de los individuos que componen esa multitud siempre renovada, tenga una habitacion, un lecho bueno ó malo, y coma casi cada dia, sin lo cual moriria de mala muerte. ¡Qué prodigioso cúmulo de vituallas, cuántos rebaños de bueyes, cuántos moyos de harina, qué de pipotes de vino se necesitan para alimentar á tanta gente amontonada en el mismo punto, mientras que en nuestras landas se encuentra por milagro y de cuando en cuando un sér viviente!

En efecto, el tránsito asombroso por el Puente Nuevo era para sorprender á un provinciano. Por el centro circulaban y se cruzaban carrozas arrastradas por dos y cuatro caballos, las unas recién pintadas y doradas, forradas de terciopelo, con cristales en las portezuelas, balancéandose sobre blando resorte, con la zaga atestada de lacayos, y guiadas por co-

cheros de encarnado rostro y vestidos de gran librea, quienes á duras penas podian contener, al pasar entre la multitud, la impaciencia de sus tiros; las otras, ménos suntuosas y de pinturas deslucidas, con cortinillas de cuero y resortes sin elasticidad, eras arrastradas por caballos mucho más pacíficos y cuyo ardor necesitaba del estímulo de la fusta para dar señales de vida. En las primeras, veíanse á través de los cristales cortesanos ricamente vestidos y damas coquetamente ataviadas; en las segundas, golillas, médicos y otros personajes graves. A aquel maremagnum se mezclaban carretas cargadas de piedra, de madera, ó de toneles, conducidas por carreteros brutales á quienes el menor estorbo hacía les renegar de Dios con endiablada energía. A través de aquel movable dédalo de carros, los ginetes buscaban abrirse paso, y no se ingeniaban tan bien que no sufriesen á veces en la bota alguna rozadura de un cubo de rueda. Las sillas de manos, particulares unas, de alquiler otras, se esforzaban por mantenerse en los lados para no ser arrastradas por la corriente, y marchaban tanto como podian arrimadas al pretil del puente. Para colmo de confusion, acertó á pasar un rebaño de bueyes, corriendo á la desbandada, baja la cabeza, despavoridos, hostigados por los perros y apaleados por los conductores. A su vista los caballos se espantaron y piafaron; los transeuntes echaron á correr atropelladamente por temor á una cogida, y los perros, colándose entre las piernas de los ménos ligeros, les hacian perder su centro de gravedad y caer cuan largos eran. Luego pasó una compañía de soldados con bandera desplegada y tambor batiente, que iban á relevar alguna guardia, y la apiñada multitud se vió obligada á abrirse en dos filas para dejar libre el paso á los hijos de Marte, acostumbrados á no hallar resistencia.

—Todo cuanto veis,—dijo Herodes á Sigognac, á quien tenia absorto aquel espectáculo,—no es más que lo de costumbre. Procuremos abrirnos pasaje entre el gentío y dirijámonos hácia los sitios donde se exhibe la nata y flor del

Puente Nuevo, personajes extravagantes y ridículos que es necesario estudiar de cerca. Ninguna ciudad los produce tan heteróclitos como Paris. Crecen entre el lodo de sus calles como flores ó mejor setas disformes y monstruosas á las que ningun terreno les da vida como este negro fango. Mirad, ahí teneis precisamente al Perigourdin del Maillet, llamado el poeta zarrapastron, que hace la corte al rey de bronce. Quien pretende que es un mono escapado de una casa de fieras, quien que es uno de los camellos traídos por el señor de Nevers. Todavía no se ha resuelto el problema: yo por mi parte lo tengo por monomaniaco, vanidoso y desaseado. Los monos se buscan los piojos y los ronchan por espíritu de venganza y represalias: él no se toma este cuidado; los camellos se alisan el pelo y se hisopean de polvo como de iris; tienen además muchos estómagos y rumian su alimento, lo que este ente no podrá hacer nunca, pues siempre tiene el buche como la cabeza, vacío. Arrojadle una limosna; la tomará gruñendo y maldiciendo de vos. Es hombre, puesto que es loco, súcio é ingrato.

Sigognac sacó de su escarcela una pequeña moneda y la tendió al poeta, quien, sumergido como se hallaba en profunda meditacion segun es costumbre de todos los seres tocados del cerebro y de humor atrabiliario, no veia al Baron, de pié delante de él. Percibiólo por fin, y saliendo de su hueca meditacion, tomó la moneda con ademan brusco é idiota y se la metió en el bolsillo murmurando entre dientes algunas injurias; luego haciendo nueva presa de él el demonio de los versos, empezó con gran chacota de los pilletes que le rodeaban, á mover los labios, á rodar los ojos, á hacer visajes tan grotescos como los de los mascarones esculpidos por German Pilon debajo de la cornisa del Puente Nuevo, acompañándose con los dedos para escandir los piés del verso que murmuraba, lo que le daba el aspecto de un jugador de morra.

Aquel poeta, hay que decirlo, iba más grotescamente per-

jeñado que la efigie de Martes gordo cuando van á quemarla el miércoles de ceniza, ó que uno de esos monigotes que se colocan en los huertos ó en las viñas para espantar los pájaros. Llevaba un viejo fieltro tostado por el sol y lavado por la lluvia, ceñido de un ribete de grasa, coronado, en guisa de penacho, de una pluma de gallo roída por las mitas, fieltro más parecido á una manga de filtrar de boticario que á un tocado humano, y que le caia hasta las cejas, obligándole á levantar la cabeza para ver. Su jubon, de tela y color indefinibles, parecia gozar de mejor humor que él, pues reia por todas sus costuras, y al par que de alegría reventaba de vejez, más dilatada que la de Matusalen. Una tira de paño le servia de cinturón y de tahalí al mismo tiempo, y sostenia en guisa de espada un florete afilado cuya punta, como reja de arado, abria tras él un surco en el suelo. Gregüescos de raso amarillo, que debieron de haber servido en otro tiempo para disfrazar algun muñeco colocado en la entrada de un baile, se perdian en las profundidades de sus botas, la una de pescador de ostras, de cuero negro, de rodillera la otra, de piel blanca de Rusia, esta plana, torcida aquella y armada de una espuela, y cuya hojeada suela hubiérase caido Dios sabe de desde cuanto tiempo sin el auxilio de un bramante enroscado á su alrededor como las cintas de antiguo coturno. Una ropilla de tela roja, que todas las estaciones encontraban en el mismo sitio, completaba aquel traje que hubiera dado vergüenza al sér más miserable y del que nuestro poeta parecia estar orgulloso hasta cierto punto. Debajo de los pliegues de la ropilla, al lado del pomo del espadon encargado sin duda de defenderle, sacaba la nariz un tozuelo de pañ.

Más léjos, en uno de los recodos practicados en la parte superior de cada fila, un ciego, acompañado de una achaparada chuzona que le servia de ojos, voceaba picarescas coplas, ó, con tono cómicamente lúgubre, salmodiaba un lamento sobre la vida, fechorías y muerte de un célebre criminal. En otro sitio, un charlatan, vestido con una túnica de sarga